

6 Conocí a Napoleón Viera Altamirano hace un poco más de quince años y desde entonces recuerdo —como si hubiera sido ayer— las ocasiones en que pudimos conversar, casi siempre en su despacho de la dirección de El Diario de Hoy.

Aparte de aquellos temas que eran propios de su permanente preocupación por los problemas del país y de Centroamérica, a menudo hablabamos de lo que fueran motivos de su constante inquietud en materia de arte, filosofía, religión, literatura. Y digo lo anterior para asentar que el Viera Altamirano a quien conocí era un conversador accesible, franco, sencillo al par que ameno, si bien le era connatural una cierta elegancia, un espíritu refinado en sus formas de expresión, nunca rebuscadas pero sí cultas en el mejor sentido de la palabra. Esto transparentaba la sencillez de una mentalidad verdaderamente superior, e iba de la mano con otra de sus características sobresalientes: la sobriedad en todo. Cuando, hace unos dos años le visité en el nuevo edificio de su Diario, le dije: "Don Napoleón, si mal no recuerdo este es el mismo escritorio en que yo lo vi por primera vez, cuando lo conocí. Lo mismo esa silla y esa máquina de escribir". Su respuesta fue: "Así soy yo; así he sido siempre".

Obviamente, su carácter no se compaginaria nunca con un despacho ostentoso ni con nada que a primera vista diera una impresión de lujo o suntuosidad, lo cual por otra parte no impediría que el visitarlo y sentirse bajo una atmósfera acogedora y cordial fuese una sola cosa.

Todo ello contribuía a que yo le viese como a un hombre accesible, si bien es cierto que se guardaba mucho de dar audiencias. Es probable que esto me hiciera tratarle con un sentimiento que lo mismo pudo ser cariño que respeto y admiración.

La verdad es que aunque fue un pensador controvertido, incomprendido y criticado por "los de arriba y los de abajo" —para decirlo con sus propias palabras— no por eso dejaba de respetársele como lo merecía.

Este salvadoreño verdaderamente excepcional que acaba de fallecer a la edad de 84 años, deja tras de sí una huella imborrable en el pensamiento político y económico del país y de Centroamérica.

No será este el momento de enjuiciar ese pensamiento. El humano juicio, bien lo sabemos, siempre se expone a errar cuando no se aparece con el otro, más certero e imparcial, que da el tiempo y su decantación en la historia, esa gran maestra de la humanidad; pero para quienes de alguna manera estuvimos cerca de sus sentimientos, más que de sus ideas, hora es esta de reconocer sus méritos y ponderar sus virtudes.

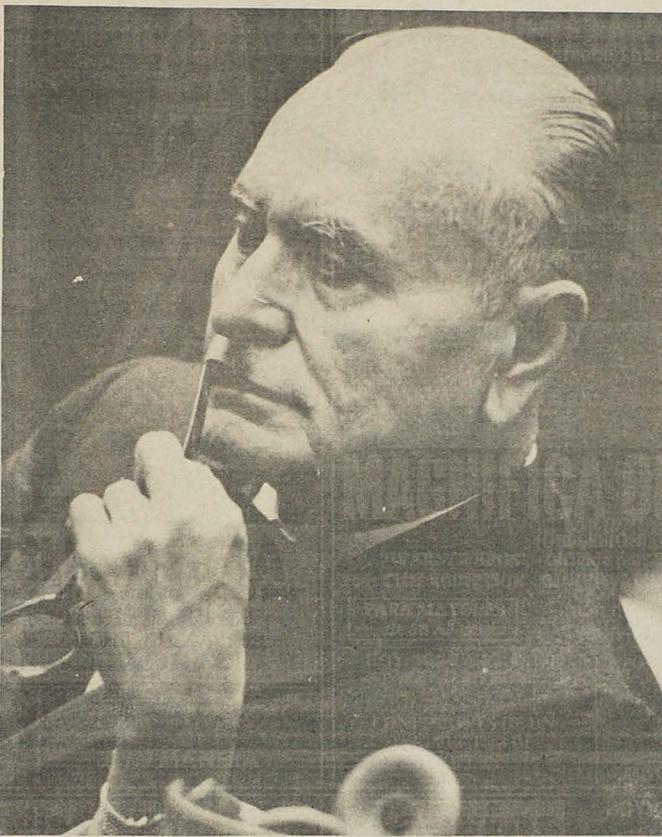
Trabajador infatigable, nunca se dio reposo para plantearse y plantearnos no sólo aquellas cuestiones limitadas a la temporalidad de sus afanes como periodista, sino otros de mayor calado y trascendencia. Si bien cumplió a cabalidad con esa misión, no se dejó atrapar por ella. "A escondidas casi —escribió— de tiempo en tiempo, me agrada decir algo de lo mío exclusivo, de lo que pasa en mi mundo interior, de lo que le sucede a mi alma. No sin mostrar siempre que ese suceder dentro de mí no era sino la prolongación de mi diálogo con el mundo, continuado en la soledad, con la nobleza de la soledad y del silencio, como subido a la cima de la montaña".

Su bibliografía completa está aún por ser debidamente valorada, quizá porque su pensamiento más conocido y divulgado fue el que diera a conocer durante su amplia trayectoria como editor, en su propia tribuna y en otras del continente. Pero hay por lo menos

Hombres e ideas

# El Viera Altamirano que yo conocí

Por Rolando Elías



Nuestro Director Don Napoleón Viera Altamirano escucha una intervención durante una Asamblea General de la SIP, donde era respetado por sus amplios conceptos.

dos libros suyos: "Mediodía en México: Ser y Acontecer" y "El Vaivén de las Antologías y otros Apuntes", donde campea su pensamiento filosófico, vigoroso, agudo, con un estilo que no sólo fue ameno, sino convincente, esclarecedor y casi dirlamos único en las letras nacionales. Lo que en nuestra opinión fuera lo mejor de sus ideas quedó plasmado en esas dos obras, donde su pensamiento cobra un vuelo cimero y sienta cátedra sobre los temas sempiternos —que le fueran tan caros— de la civilización, la cultura, la historia, la filosofía, el arte, el hombre en fin y su peregrinaje sobre la tierra en una desvelada búsqueda de la verdad, con tal agudeza y claridad como sólo sería posible encontrarlos en una mentalidad iluminada por el toque de un talento excepcional.

Era un fervoroso creyente de las virtudes del trabajo y un ejemplar de voluntad aplicada sin desmayo, con pasión, al principio vitalista de que el hombre debe crear circunstancias, hacer historia y dar testimonio de su grandeza. Asumió con exaltación gozosa su papel de habitante de un mundo que si bien estimulaba las motivaciones de su preocupación por el destino de los pueblos, también le hacía sentirse fuertemente atraído hacia esa región de su habitat espiritual: el reino de las ideas, la

filosofía: "El trabajo del hombre —decía— es una permanente fatiga que endulza secretamente el amor, el amor a la verdad, el amor a la belleza".

No era de extrañar que siendo Viera Altamirano un hombre de amplia cultura y de formación científica y filosófica enriquecida por una experiencia que conoció de todo —desde las doctrinas positivistas hasta el humanismo más encendido de luz testimonio abarcador de muchas disciplinas en el campo de la cultura. No le fueron desconocidas las ideas más relevantes del siglo en materia científica y filosófica, y así como estudió a fondo el pensamiento griego, incurrió en denodada pasión por otros campos en los que se mezclaban economía, religión, geografía, historia, arte y literatura. A tal grado, que a lo largo de casi setenta años de infatigable labor creadora, hay en sus escritos alusiones constantes a cuando fuera tema predominante de la preocupación humana en momentos cruciales de la historia que le tocó vivir.

Y como estaba dotado de una excepcional capacidad asimiladora, muy a la par de esa condición le iba también una fuerte dosis de originalidad. En "El Vaivén de las Antologías y otros Apuntes" (1961) sienta una

afirmación definitiva de su carácter inconforme, iconoclasta, nunca dispuesto a aceptar sin reservas teorías ajenas, sino en actitud disidente, sometiendo a prueba de su propia visión del mundo, de su tamiz esclarecedor, tendencias y posiciones ya en el terreno económico o en aquel donde se desarrollara con airosa solvencia intelectual, como era el filosófico. "Del alud de los sucesos —escribió una vez— nosotros tomamos lo que a nuestro juicio vale más" y "en la intimidad de nuestras vidas se vive perennemente esta tarea de admirar, escoger, apartar y volver". Es decir, que así como se permitía la facultad de acatar, también se daba el derecho de disentir y, por eso, sin duda, su pensamiento fue en muchas ocasiones piedra de escándalo y motivo de controversias malquerencias y hasta odios.

Amaba ardientemente la vida y por eso abogó, batalló con denuedo por la conservación de nuestros recursos naturales renovables, la defensa de la flora, la fauna y en general de todo aquello que significara fuente y sustentación de la vida en todos los planos de la natalidad y porque creía en el hombre como la suprema manifestación de una voluntad providencial, opuso resueltamente todo cuanto en su opinión venía a rebajar, denigrar, envilecer el derecho del hombre a poblar la tierra.

A ratos nos daba la impresión de ser uno más de los contentillos en el debate socrático, y porque nada de lo que fuera humano le era desconocido, ni indiferente, había en él una fuerza interior que le arrastraba hacia el papel del protagonista, hasta cumplirlo, y muy decisivamente en muchos aspectos, dentro de la historia salvadoreña de los últimos tiempos.

Viera Altamirano tenía un prestigio bien ganado como periodista de excepción; pero enmarcar en los límites de esa condición su valor intelectual sería minimizarlo. Lo que en definitiva le confería ese valor era el haber encarnado un ideal, una sabiduría por encima del saber técnico: una adhesión a los valores del espíritu. Esa sabiduría hizo de él una figura respetable, tanto por su talento como por su capacidad para dar al amor una dimensión más amplia de lo generalmente aceptado: el amor a la verdad, a la belleza, a la libertad asumida aun a riesgo de la propia vida.

En su primera juventud fue ateo, según me lo confesó una vez. Pero un buen día había de llegarle su hora de conversión, sin que esto tuviera un significado estrictamente religioso. Y así, tras mucho peregrinar en el vaivén de su propia búsqueda aturrida de la verdad, le llegaría el momento de despedirse de sus viejas compañías de tertulia platónica, para tomar el Evangelio de San Mateo entre las manos y sentir que ahí había algo auténticamente humano, pero también divino, una página de la vida de los hombres, un reflejo de la realidad social, un detalle de la existencia. Y escribió: "Llegué a concebir una nueva manera de filosofar: la filosofía dentro de la vida misma, con el dolor del hombre en la mano, responsabilizándonos con lo que nos rodea. Y le encontré al evangelio un sabor más grato que a los Diálogos. Yo era como una oveja extraviada que se encontraba ella misma y que volvía, con su suave trote, al redil dentro de cuyos límites había que resolver el problema de la vida".

Un hombre así tenía que estar iluminado por la luz de la bondad e identificado con lo más puro del espíritu cristiano, sin mistificaciones ni falsos mesianismos.

Así era el Napoleón Viera Altamirano que yo conocí.  
Agosto 17 de 1977.